

XV.

-¡Lo ves! ¡lo ves! decía Doña Canuta á su esposo, se te satisface, se te priva de la presencia del alférez Poleón, y se te nombra *notable*, esta es la Francia, estos los enviados de Napoleón III!

-Qué diferencia entre estos militares y el brusco soldado de Africa-Véamos los nombres de esos caballeros, y tomando las tarjetas, leyeron:

Alfredo Hugues, capitán de estado Mayor,
Luis Demuriez, comandante del 99 de línea.

CAPITULO NOVENO.

LA CAZA DE LAS PALOMAS.

I.

Clara vivía en una de las casas más hermosas de la Ribera de San Cosme, en el *boulevard*, como diría un francés, más aristócrata de la ciudad.

Clara estaba al lado de su padre, rico comerciante español. Don Alberto Rodríguez era un hombre honrado, trabajador: luego que tuvo una fortuna, se casó con una señorita mexicana, que al dar á luz á Clara había muerto.

Clara era una niña consentida, gastadora, caprichosa, con una caricia hacía de su padre lo que se le antojaba.

Tenía un tren magnífico.

Mientras su padre estaba en el almacén ó en el escritorio, ella paseaba en su carruaje, visitaba á sus amigas, con distinción á Luz, á quien amaba tiernamente.

Don Alberto la dejaba hacer cuanto le parecía.

La memoria de la madre, de quien Clara era la reproducción palpitable, contribuía á ese consentimiento.

Clara era una joven de sociedad, tocaba el piano, cantaba admirablemente, es decir, tenía abiertas las puertas del gran mundo.

El lector querrá conocer á Clara: es una muchacha arrogante, gruesa, pero con una cintura esbelta, parece una palma del desierto, el color de la rosa es igual al de sus mejillas, unos

ojos negros, relucientes como luceros de alborada, una boca pequeña y perfumada, los cabellos como el ala del cuervo.

Clara tiene la sonrisa en los labios, sonrisa que se cambia en desdén, ó en ironía con la mayor facilidad.

Clara tiene arranques de nobleza sublimes.

Al día siguiente de la entrada del ejército intervencionista, Clara se disponía á recibir la visita de Luz.

El señor Rodríguez se acercó para despedirse.

Tenía la costumbre de presentar la frente á Clara para recibir el casto beso de su querida hija.

-Padre mío, hoy estás muy guapo con esa corbata, dijo Clara á Don Alberto, componiéndole el cuello de la camisa, es necesario que la luzcas.

-Y como que la luciré, respondió el anciano; como que es obra de tus manos.

-Parece usted novio, dijo Clara besando á su padre, le advierto á usted que soy muy celosa; vamos, siéntese usted un momento que tenemos que hablar.

Don Alberto se sentó al lado de Clara.

-Pues señor, ha de saber, dijo la joven, tomándole la mano, que los padres tienen la obligación de dar gusto á sus hijos.

-Ya sé á donde vas y no consentiré jamás en ese baile.

-Has tocado el punto y vamos á discutir: pido la palabra.

Don Alberto se sonrió, era hombre muerto.

-Señor, dijo Clara en voz de tribuna, los bailes son para bailar y las iglesias para rezar.

-En cuanto á los rezos no me opongo, dijo Don Alberto.

-Ni yo, dijo Clara, ya esos pasaron, ahora le toca su turno al baile.

-La modista se ocupa en este momento de hacerme un traje cual corresponde á la hija de Don Alberto Rodríguez, y el famoso señor Salin, uno para usted. Todo está dispuesto por mi autoridad, y yo no admito la *intervención* española.

-No es posible luchar con usted, señorita, pero le declaro que yo no asistiré, tú irás con tu querida amiga Luz.

-Me opongo, gritó Clara; irá usted porque yo le declaro á mi vez que á nadie tomaré el brazo, sino al señor Rodríguez.

-Hija mía, eso es imposible, yo no estoy bien en esas diversiones; algún día quiero que se respete mi voluntad.

-Yo la respeto, señor, dijo seriamente Clara, nos quedaremos en casa, yo no hago otra cosa que tu voluntad, y mi orgullo está en no merecer de tí nunca una reconvencción.

-¿Y querrás, dijo Don Alberto, algunas alhajas más para tu tocado? está bien, te las enviaré; pero es la última vez, cuidado con volverme á molestar, porque entonces seré inexorable.

-Eres muy bueno conmigo, dijo Clara estrechándose al corazón de su padre.

—Ea, que me estropeas la pechera y maltratas la corbata; suelta que me sofocas.

Aquel padre hubiera querido llevar á su hija dentro de su corazón.

—Ya sabes, dijo Clara, que tú me compras siempre los guantes; en esto sino transijo.

—Creo que conozco el tamaño de su manita, y besó con ternura la mano de Clara.

—Ahora á sus negocios y sin agitarse mucho, dijo la joven poniéndole el sombrero á Don Alberto: lleve usted mi bolsa porque usted nunca tiene dinero, y cómprese guantes para las dos.

Clara puso una bolsita de red en el chaleco de Don Alberto.

El anciano subió á su coche dándole un último saludo, y se dirigió á la tienda de alhajas para hacerle á su hija un regalo espléndido.

II.

Clara se puso un momento al piano; á la mitad de la pieza se levantó violentamente, se sentó al bastidor, bordó cerca de diez minutos y arrojó la aguja.

Después fué al jardín hizo un ramo, y lo colocó en un búcaro que estaba en una mesilla del corredor.

—¿Qué tengo? dijo, yo no había sentido hasta ahora una emoción igual; la memoria de ese hombre no me abandona un momento. Esto no puede ser más que un sentimiento pasajero, le he visto una sola vez; qué vergüenza que yo fuese la primera que.....no, imposible! ¿qué diría Luz?.....Yo necesito confiarle todo, ella es la depositaria de mis secretos.....pero esto no es secreto.

Se puso en seguida á mecerse en el sillón de bejuco, cerró los ojos, y entró en ese sopor melancólico que acomete á una alma virgen en sus primeras ilusiones.

El viento fresco de la mañana resbalaba sobre sus mejillas, y refrescaba aquellos labios entreabiertos.

Alguna imagen cruzaba por su pensamiento, porque comenzó á sonreírse como una virgen en su ascensión á los espacios.

Las exhalaciones de las flores, vagaban por sus cabellos en sus nubes invisibles, y el cielo se reflejaba en el fondo de su alma; hundida en éxtasis del sopor, y encadenada á las imágenes de su sueño, no sintió el ruido del carruaje de Luz, ni la aproximación de su amiga, cuyo traje de seda crugía en el maque del corredor.

Luz se quedó un momento frente á aquella joven encantadora, contemplando la dulce melancolía de su semblante.

III.

Luz acercó sus labios á los de Clara, y le dió un beso, que hizo volver á Clara de su arrobamiento.

—¿Eres tú, querida Luz? la dijo besándoles las mejillas: cansada de esperarte me iba á dormir; gracias á Dios que has llegado.

—Ya me tienes á tu lado, estaba muy inquieta, temí que en los ojos me conocieron algo.

—No vuelvo aún en mí, repuso Clara, la suerte de Eduardo está envuelta en una noche.

—Sí, dijo Luz tristemente.

—Se ha expuesto demasiado, es un imprudente, entrar así en la capital es muy arriesgado.

—Sí, dijo Luz, prisionero de los franceses, yo no sé la suerte que correría si cayese en sus manos: no obstante, soy tan feliz hoy, que le voy á ver, que todo lo olvido.

—Vendrá esta noche y podrás decirle cuanto quieras, aquí nada tiene que temer.

—Gracias, exclamó Luz enlazando con sus brazos el cuello de su amiga, mírame bien, hoy debo estar hermosa ¿no es verdad? añadió sonriendo.

—¡Bellísima! replicó Clara que ya hemos dicho amaba con exajeración á su amiga.

—Yo estoy loca, prosiguió Luz. Cuando ví á Eduardo frente á mi balcón, sentí morirme; yo quería llamarlo, gritar, llorar; una nube de lágrimas subió á mis ojos; los oídos me zumbaron terriblemente, y sin fuerzas para resistir, caí desmayada. Si en aquel momento hubiera podido hablar, el nombre de Eduardo hubiera sido mi primera palabra; porque tú no sabes cuánto le amo: ese hombre es mi sueño, mi vida, mi pensamiento; mi corazón no sabe amar más que á Eduardo, su cariño es la sombra que cae sobre mi existencia; el me presta valor en las vicisitudes, y yo amo hasta mis lágrimas, por que las derramo por él.

Las mejillas de la joven se tiñeron de un carmin apacible, y sus ojos se bañaron de una luz vivísima.

Clara la oía en silencio, las palabras de su amiga despertaban en su corazón sensaciones jamás sentidas hasta entonces.

—Yo tengo miedo á un amor como el tuyo, es un torrente irresistible, que á mí me llevaría á un abismo.

—Sobre ese torrente, respondió Luz, está el arco del cielo,

la sonrisa de Dios..... Hay un ángel de guarda para nuestras almas, que va apartando las espinas de nuestro camino, para no lastimar nuestra planta.

—Sí, dijo Clara, tú eres muy feliz, yo soy desgraciada.

—¿Tú desgraciada? preguntó Luz con interés vivísimo.

—Sí, muy feliz, óyeme: He visto á un hombre una sola vez, mi corazón me ha avisado que llegaba la hora amar.

—Siempre creí, dijo Luz, que tu alma sería así, arrebatada por una ráfaga de tu pensamiento, tu alma no cedería á la vulgaridad del trato ni de la costumbre; estabas predestinada para amar de una manera inesperada, violenta, terrible.

Sí, dijo clara, yo no puedo ocultarte nada, ni quiero; ayer, la mirada de un jefe del ejército francés se detuvo sobre mis ojos unos instantes. El joven oficial me dirigió un saludo al que apenas contesté.

—¡Un francés! exclamó Luz horrorizada.

—¡Sí, dijo Clara, un francés! ¡Mi amor ha tomado del brazo á la ignominia, á la vergüenza, para llegar hasta mí!

—No, Clara, tú rechazarás un sentimiento indigno de tu orgullo y de tu nombre; pasarías por una de esas miserables que reciben con sonrisas á los invasores y beben en las copas que están llenas de sangre, sangre de hermanos, Clara!..No, no serás tú de esos seres envilecidos que pasan como almas de conquista, que mañana se olvidarán, y que aun en los momentos del festín y del aturdimiento se les desprecia.

—¡Por compasión! exclamó llorando la infeliz Clara.

Luz prosiguió:

—No será un aventurero que se ha abierto con su espada las puertas de la patria quien se lleve la corona del triunfo, tú pasarías por uno de tantos despojos de la guerra.....tu padre se moriría, y yo..... yo no sería nunca tu amiga!

Clara se estrechaba en el seno de su amiga, llorando de desesperación.

—Yo sabré, contestó con dignidad, arrancarme el corazón antes que ceder; no temas, soy fuerte, es la vez primera que me hallo frente á frente de mi destino, y sabré combatirlo.

—¡Así te quiero! respondió Luz con entusiasmo, limpiando con sus manos el llanto de su amiga. Tu corazón es noble, grande, y tú sabrás triunfar de ese repentino amor, que pasará como una nube de verano.

El amor es como la mar, se alza hasta el cielo si lo combate el huracán.

—Necesitamos salir, dijo Luz, el día me parece eterno, además quiero tomar un traje á tu gusto; mi padre está empeñado en que asista al baile que da al ejército francés. Yo quiero que tú me acompañes, iremos vestidas iguales, admite el obsequio del vestido.

Clara sintió en su interior una grande alegría.

—Con mucho gusto, yo siempre acepto cuanto tú me ofreces pero tú recibirás las flores ¿no es verdad?

—Convenido, respondió Luz, y las dos jóvenes salieron, montaron al coche y se encaminaron á la tienda de la modista. Volvamos al coronel Eduardo.

IV

Permanecía de guarnición en Toluca, extendiendo sus guerrillas en pequeños destacamentos, sobre Lerma y el Monte de las Cruces.

El coronel Fernández era el jefe de la guarnición.

Durante diez días había esperado con ansiedad la llegada de su asistente Estanislao Luna.

Luego que vió en los periódicos que ese desgraciado había sufrido la pena de azotes ó las *consecuencias de una carambola*, como decía, el capitán Martínez, se había sexasperado hasta la locura, y meditado desde luego hacer una entrada en la capital.

Su deber le imponía no hacer esta locura y se resignó esperar.

La guarnición que había salido rumbo á Temascaltepec al mando de Laureano Valdés, muerto á poco tiempo en una derrota, había defecionado, quedando no solo descubierto ese flanco, sino ocupado por fuerzas enemigas.

La situación era terrible.

Una mañana dió parte el capitán Martínez, de que las dos terceras partes del regimiento se habían internado en el monte al grito de ¡viva la religión! y otros soldados habían huido con todo y armas.

No quedaba, pues, más que un centenar de hombres. El coronel los hizo formar.

—Compañeros, les dijo; los cobardes han defecionado y se han hecho traidores, la patria necesita de nuestra sangre y de nuestro valor.

Desde hoy formamos una guerrilla, y como tal haremos la guerra. El que no esté conforme, ¡dé un paso al frente!

—¡Viva el coronel! gritaron espontáneamente los soldados.

—¡Vivan mis guerrilleros! respondió el coronel Eduardo,

Este era el mejor partido que podría sacar de aquellos restos desmoralizados en tan trágica retirada.

—Capitán Martínez, le dijo Eduardo; baja usted todo el monte, y por las lomas de Santa Fé, cruza usted con cincuenta caballos, y me espera sobre la garita de San Cosme. E

día 12 á la madrugada estaré con ustedes. Si oyen disparar dos tiros de revólver, se arrojan sobre el destacamento.

—Muy bien, mi coronel respondió Martínez.

Eduardo prosiguió:

Teniente Quiñones, usted, con el resto de la guerrilla se va por Ixtlahuaca y toma el camino del interior, donde nos reuniremos.

Quiñones saludó á su coronel.

V.

Luego que las órdenes comenzaron á cumplirse, el coronel Eduardo montó en el *Azabache*, reconoció sus armas, y á todo escape tomó el rumbo de la capital.

A las cinco horas de camino llegó al pueblito de La Piedad y se apeó en una de las casucas de extramuros.

Llegó la noche, y embozado en su jorongo tomó á pié la calzada y se internó en las calles de México sin ser detenido por la guardia francesa que cuidaba la entrada de la ciudad.

Al amanecer, un indio entraba á México con unas barcinas de paja puestas en el *azabache*.

En las barcinas iban las armas del guerrillero.

Eduardo, merced á su traje nacional, se confundía con la multitud.

El día de la entrada del ejército expedicionario quiso darle una sorpresa á su novia, y se puso frente á los balcones, esperando la oportunidad, que al fin llegó de que Luz se fijase en él, para descubrirse.

El lector sabe ya la emoción que excitó en la joven la presencia del guerrillero.

Eduardo se alojó en la casa de uno de sus amigos íntimos y escribió á Luz, que estuviese en la Rivera á otro día; que es en el que nos encontramos.

Ya hemos visto que la joven no se había mostrado insensible á la súplica de su amante, y desde muy temprano acudía á la casa de su buena amiga.

Luego que pasó el desmayo de Luz, ésta le había contado á su confidente, el motivo de su enfermedad, así es que Clara al ver entrar á la joven, comprendió que los amantes se habían citado para su jardín.



Clara hizo una seña de inteligencia á su padre. —Pues yo acepto todo, exclamó Clara, las alhajas me agrada y yo nunca le desearé nada. Pasaremos un día en el jardín, y saldremos á pasear por el campo. Tú irás al Casino esta noche; pues en el momento á pasar.

Las amigas regresaron tarde á la casa donde las esperaba Don Alberto.

Sentáronse á la mesa, donde reinó una hilaridad graciosísima.

—Di papá mío, dijo Clara, chancéandose con su padre, ¿quién de las dos es más bonita?

—No dé usted su opinión, señor Don Alberto, interrumpió Luz, porque es cuestión decidida.

—No, no lo está, reclamó Clara.

—Sí, dijo Luz, eso no tiene que pensarse mucho, yo soy la más bonita.

Esa salida hizo reír mucho al buen Don Alberto, que gozaba con la presencia de las jóvenes.

—Pues otro problema, dijo Clara, riendo de una manera encantadora, ¿quién te dará el primer beso en la frente?

Luz por toda respuesta, se inclinó violentamente y besó la mejilla de aquel anciano á quien amaba desde su más tierna edad.

—Esta muchacha es el demonio, dijo Don Alberto haciéndole una caricia á su amiguita.

—Traición! gritó Clara, esta es una sorpresa; un asalto en todo forma.

—La traición es para obligarla á concurrir al teatro.

—No, no, dijo Luz, que se no presentarse en el baile.

—No, no, dijo Luz, que se no presentarse en el baile.

—No, no, dijo Luz, que se no presentarse en el baile.

—No, no, dijo Luz, que se no presentarse en el baile.

—No, no, dijo Luz, que se no presentarse en el baile.

—No, no, dijo Luz, que se no presentarse en el baile.

—No, no, dijo Luz, que se no presentarse en el baile.

—No, no, dijo Luz, que se no presentarse en el baile.

—No, no, dijo Luz, que se no presentarse en el baile.

—No, no, dijo Luz, que se no presentarse en el baile.

Clara hizo una seña de inteligencia á su padre.

—Pues yo acepto todo, exclamó Clara, las alhajas me agradan, y yo nunca te desairo papá mío. Pasearemos, añadió levantándose, tomaremos el fresco en el jardín, y saldremos después un momento á paseo. Tú irás al Casino esta noche; puedes estar el tiempo que gustes, tenemos por huésped á Luz y estoy muy bien acompañada.

—Bien, dijo Don Alberto, así no interrumpiré una partida de tresillo que tengo ajustada.

Las dos amigas saludaron á Don Alberto y se dirigieron al jardín.

VIII

—Qué pausado camina el sol ¡Clara mía!

—¿Y cómo es, interrumpió inusitadamente Clara, que teniendo tal aversión á los franceses has aceptado la invitación para el próximo baile?

—Ese es mi secreto respondió Luz.

La infeliz tenia rubor de confesar lo que pasaba en lo interior de su familia.

Aquella ambición de sus padres, aquel deseo de estar bien con aquella malhadada administración.

Las súplicas, los ruegos, y después las amenazas que habían empleado para obligarla á concurrir al teatro.

Le habían dicho, que de no presentarse en el baile, les tendrían por desafectos.

Le pintaban los horrores que los franceses habían hecho en España, con los que juzgaban sus enemigos.

Asustada la joven, y temiendo provocar la cólera de los invasores contra sus padres, había consentido, creyendo que en nada comprometía su amor, aunque sus sentimientos sufriesen una cruel humillación.

Luz estaba segura de convencer á Eduardo.

Cuando se tiene el corazón limpio, las acciones externas nada dicen.

Luz se avergonzaba de una conducta tan poco adecuada á sus ideas, pero en su posición nada podía remediar.

Se había propuesto permanecer en abstención para no dar ni el más lejano motivo de crítica.

Así la hemos visto ir en pos de su querida Clara, para tener una compañera de conversación.

El amor propio natural al sexo débil, hacía que se presentase con lujo, así su desdén sería más apreciado.

IX.

Daban las seis de la tarde cuando las dos amigas volvían á entrar en el coche y se dirigían al Paseo de Bucareli.

La tarde era espléndida, los últimos rayos del sol enrojecían los grupos de las nubes, con unos tonos de luz inimitables.

A la derecha del paseo, y á los confines de un prado verde esmeralda se levanta el cerro de Chapultepec entre un bosque de sabinos antidiluvianos.

A sus pies se agitan blandamente las aguas purísimas de sus albercas, donde se deslizan multitud de peces de colores.

En las tardes parece que aquellas linfas azules y transparentes, se quedan dormidas al rumor del bosque y al canto del aire entre los ahuehuetes.

En la cumbre de esa colina, cubierta de arbustos y flores; se levanta el palacio tradicional sobre los cimientos del alcázar de Moctezuma.

Más adelante, y en el suave declive de las lomas, se extiende la pintoresca ciudad de los Mártires de Tacubaya.

En la prolongación de la calzada de Bucareli, y llegando á la garita, comienza el camino que conduce al pueblo de La Piedad.

El paseo tiene algunas fuentes arruinadas, resto del lujo de la corte virreinal.

El paseo de Bucareli es concurridísimo: casi todos los carruajes de México acuden á aquel pintoresco lugar.

Los jinetes marchan por el centro de la calzada.

Los coches se apoderan de las vías laterales.

Los paseantes de á pie se apoderan de las glorietas ó de los troncos de los árboles más frondosos.

Clara y Luz habían hecho adelantar su carruaje al rumbo de La Piedad para evitar esa tormenta de polvo que levantaban los jinetes franceses al atravesar á escape la calzada.

X.

No te había contado, dijo Luz á su amiga, que tenemos dos alojados.

—¿Franceses? preguntó Clara.

—Precisamente, querida mía, un jefe del 99 y un capitán del Estado Mayor del general Forey.

—¿Y son personas de educación?
—Aun no les conozco, se les han dado unas piezas retiradas de las que habitamos, y ellos comen en Iturbide, así es que no tengo motivo de tratarles; nos hemos saludado dos ocasiones, ya tu sabes lo poco simpáticos que son para mí los franceses.

—Con semejantes huéspedes, observó Clara, estarás continuamente de invitación.

—Puede ser, pero he prometido no asistir á ninguna tertulia, y menos en su compañía.

—Estás recalcitrante.

—Sí, mucho, yo no puedo transigir, y como tú tienes mis ideas, me darás la razón, ¿no es verdad?

—Seguramente, repuso Clara distraída.

—Estos oficiales, continuó Luz, parecen jóvenes distinguidos, no molestan en la menor cosa y son sumamente atentos. Esta mañana han dejado dos ramos sobre la mesa con sus tarjetas.

—Supongo que esto no lo contarás al coronel.

—Te engañas, yo le pongo al tanto de lo que pasa, no quiero que sepa lo que ocurre por otros labios que no sean los míos, lo demás sería altamente sospechoso.

—¿Sabes, dijo Clara, que te hallo muy diplomática?

—No mientes, dijo trágicamente, esa palabra es mi castigo, mi pesadilla. Por mucho que ame uno á sus padres, conoce los defectos de que adolecen; desgraciadamente el mío la ha tomado por la diplomacia, y como yo lo amo con exageración, me puede el que se sonrían cuando él habla. Hay veces que estoy no sólo molesta, sino exasperada.

La conversación se vino á interrumpir por dos jinetes, que á la carrera habían conocido el carruaje de las jóvenes, por haberlas visto en la mañana en él, sin que ellas lo hubieran reparado.

Al llegar el coche detuvieron sus caballos árabes.

—Señoritas, buenas tardes, dijo el comandante del 99 tendiéndole la mano á Luz, que apenas lo tocó por galantería.

Clara, al reconocer al oficial de la víspera, que tanto la había impresionado, se dejó caer en el fondo del carruaje, disimulando su emoción.

El oficial de Estado Mayor se llegó á la portezuela del lado opuesto y saludó cortesmente á las señoritas.

Luz, entonces, dirigiéndose á los oficiales, les dijo, presentándole á su amiga:

—La Srta. Clara Rodríguez; y luego volviéndose á Clara:

—El caballero Luiz Demuriez, comandante del 99.

—El caballero Alfredo Hugues, capitán de Estado Mayor.

—Perdonen ustedes si hemos interrumpido su paseo; pero personas que reciben distinciones y una generosa hospitalidad, están obligadas á corresponder á sus huéspedes, haciéndoles en todas partes presente su reconocimiento.

—Gracias, caballero, respondió Luz inclinando la cabeza.

—¿La señorita es la amiga de distinción?

—Sí, caballero, volvió á responder Luz.

Clara contestó con una sonrisa.

—Siempre, continuó el comandante, hay una alma que nos comprende, y más cuando está revestida de ángel.

Un temblor interior comenzó á agitar á aquella infeliz criatura.

—Los ángeles se hermanan en la tierra.

—Gracias, caballero, dijo Luz, evitando que la conversación se entablara.

—El capitán permaneció mudo, contemplando la fisonomía de Luz.

—El comandante elogió á México, á las mexicanas, al temperamento, á los pájaros, á los árboles, pero no pudo establecer la conversación á pesar de inauditos esfuerzos.

—Continuemos, dijo el capitán, que las señoritas desearán aprovechar los momentos de luz que aún les quedan.

Saludaron á las jóvenes y se retiraron á toda carrera.

—Qué hermosa es mi desconocida, dijo Demuriez.

—Qué bella es Luz, exclamó Alberto.

Y volvieron simultáneamente la cabeza hacia el carruaje que se alejaba en sentido contrario.

XI

XII

—Has conocido á mis alojados, dijo Luz, riéndose al ver la seriedad de su amiga.

—Son galanes; pero tú les has atajado la palabra de una manera vivísima.

—Me fastidian horriblemente.

—El capitán no te quitaba la vista.

—Pues yo no se la pondré jamás.

—El comandante tiene mejor figura, ¿no es cierto?

Yo no he reparado, contestó Luz, á mí todos me parecen iguales.

Clara guardó silencio sobre la casualidad de haber encontrado al hombre que tan profundamente la había emocionado.

Comprendió, que revelarle á Luz el secreto, era alejarse de aquel á quien amaba violentamente.

Por la primera vez ocultaba un secreto á la más fiel de sus amigas.

Sin embargo, se proponía sostenerse hasta el último trance.

El principio no era muy adecuado al fin propuesto.

La lucha comenzaba en aquel momento con una desesperación horrible.

En esas crisis del orgullo y el corazón, en esos combates del alma con sus sentimientos, el sudor de la fatiga es de sangre.

¡Pobre corazón humano, azotado siempre por el vendaval de las contrariedades!

XIII

La noche comenzaba á caer, cuando el coche entraba á la casa de Don Alberto Rodríguez.

Clara y Luz se pusieron á la ventana.

Dieron las siete de la noche.

—Falta una hora, dijo Clara.

—Esto es eterno, respondió Luz.

—Has esperado todo el día, pero no te exasperes, el galán estará puntual á la cita.

Mientras Luz consultaba el reloj cada minuto, el coronel Eduardo se ocultaba en uno de los arcos del acueducto, y á la luz de su tabaco veía el reloj continuamente.

Mientras que los amantes uno frente del otro, divididos por las sombras esperaban el toque de las ocho, un desgraciado arriero había entablado reyerta con los franceses de la garita.

Los franceses siempre tienen razón, así es que á pesar de la justicia que debía tener el arriero, aunque no sabemos de qué se trataba, comenzaron á darle una zurribanba de palos que ya le mataban.

El sargento determinó que lo llevaran á la Plaza francesa por sospechoso.

Efectivamente, el arriero marchó en cuerpo de patrulla.

Al pasar junto á la ventana de Luz, la gente decía, ¡pobre guerrillero! ¡mañana lo fusilan!

El corazón de Luz se oprimió dolorosamente, creyó ver entre las tinieblas de la calle á Eduardo.

—Seguramente es él, dijo llorando á Clara, que estaba poseída de terror.

—Lo había dicho, exclamó la joven, ha sido una imprudencia venir á México ¡Dios mío! ¡cómo sabremos la verdad!

El coronel se acercó temblando á la ventana y dijo con voz apagada:

—¡Luz!

La pobre niña dió un grito de alegría.

Clara salió personalmente á recibirle, lo introdujo en la glorietta del jardín, y después de haber abrazado al guerrillero, le dejó solo con su novia, y se sentó á la puerta de aquella gruta á entregarse á la tristeza de sus pensamientos.

XIV.

Daban las ocho en aquel momento en el reloj de San Cosme.

La noche era obscura, las estrellas brillaban en el fondo del cielo, atravesado á menudo por exhalaciones.

Un ambiente tibio jugaba con el aroma de los jazmines y los floripondios.

La naturaleza dormía en un letargo de estrellas y perfumes.

Luz estaba reclinada sobre el hombro del guerrillero.

Eduardo, después de un momento de contemplación, dijo á la joven.

—Te vuelvo á ver, no es ilusión, el ángel de tu cariño me trae á tu lado, tu aliento resbala sobre mi semblante como una aura de los cielos. Yo le debo la vida á tus oraciones, tu espíritu va conmigo, como el ángel del primer cariño.

—¡Te amo! ¡te amo! repetía la joven, yo no sé vivir sin tí, mi existencia está sola, sin el fuego de tus miradas; óyeme, estas lágrimas que ahogan mis palabras, son tuyas nada más.... ellas llegarán evaporadas hasta á tí que eres mi amor.

—Luz, tu me enloqueces, tu amor me hace muy desgraciado; porque me identifica contigo, y la ausencia es la agonía Sí, Luz, vagar solo por el mundo, temiendo que la muerte nos arrebatara para siempre del objeto á quien adoramos; porque yo tengo que confesarte lo que no querría que supieses.....sí, cuando estoy en el combate tengo miedo, miedo horrible á entrar en la tumba!morir lejos de tí, sin verte en la agnía, sin darte un último adiós y consagrarte la postrera lagrима!

—¡Calla por Dios! gritó Luz, ne me hables así! y sus lágrimas bañaban aquel semblante de querubín.

—¿Te acordarás de mí? preguntó con voz ronca el guerrillero.

—¡Te seguiría á la tumba! exclamó Luz, estrechando la ruda mano del soldado. Cuando se ama como yo te amo, está en el cáliz del alma todo el amor de la constancia. Eduardo, tú no comprendes aún el corazón de una mujer. Este es un cariño inmenso, que sólo podría arrancarlo el aliento de Dios!

La faz sombría del guerrillero se oscurecía más y más, como el océano al azote de los huracanes.

—Estoy proscrito, continuó con voz terrible, perseguido, amenazado de muerte, no puedo vivir entre los hombres.....yo soy hijo del desierto, estoy condenado á matar para vivir, y yo no quiero presentarte una mano ensangrentada.....Me obligan..... está bien!..... Me arrancan el corazón! me separan de mi madre á quien dejo abandonada en las orillas del sepulcro, me separan de la mujer á quien amo! ¡Yo me vengaré de mis enemigos! ¡seré el azote de la montaña!

Luz estaba aterrorizada.

—No, dijo apartando el cabello de la sombría frente del coronel, yo te amo porque tú eres bueno, tú no derramarás la sangre de tus semejantes..... Cuando algún desgraciado se arrodille á pedir el perdón, acuérdate de mí, yo también estoy de hinojos á tus pies suplicándote por su existencia.

—¡Siempre ella! murmuró el guerrillero, ¡siempre ella! y besó las manos de Luz con efusión tiernísima.

—La influencia de mi amor está sobre todo tu ser, ¿no es verdad?

—Sí, dijo suspirando aquel hombre, que terrible en los encuentros y combates, cedía á la voz de la mujer amada.

—Entre el valor y la desesperación sangüinaria hay un abismo, continuó Luz, sobreponiéndose más y más; tú debes combatir, vencer, pero nunca asesinar, ¿no es cierto?

—Sí, Luz, tu aliento disipa los vapores de venganza que están sobre mi corazón. Yo tengo fe en tus palabras, que son el evangelio de mi espíritu; y te obedezco impulsado por una fuerza irresistible.

—Es que me amas y que mi alma se refleja en la tuya como el sol en el espejo de los mares, exclamó Luz bañando con su aliento la faz del guerrillero é influenciándolo con una mirada ardiente que se escapaba de sus ojos dulcemente entreabiertos.

Eduardo estaba frente á su destino.

Hay amores que arrancan la existencia entera!

Las nubes se habían condensado pausadamente en el horizonte y parecía una de esas tempestades repentinas que se levantan en el verano.

Los relámpagos se sucedían con violencia y la lluvia comenzaba á desprenderse en fuertes goterones que hacían estremecer las azucenas y temblar los agapandos.

Clara entró en la glorieta acosada por la lluvia.

—Tome usted, coronel, le dijo á Eduardo, es un ramo de flores de la noche, le presentó un sencillo ramillete de madre-selva, pensamientos y heliotropos.

—Estas flores, continuó Clara, forman la parte sensitiva de las otras, parece que sufren y las importuna el día, viven entre la sombra como un corazón sin esperanzas, como el alma en el silencio de sus contemplaciones.

El ruido de un carruaje se aproximaba.

—Mi padre llega, dijo Clara, y estrechando por última vez á Eduardo, se salió de la glorieta para dejar á los amantes en libertad de decirse adiós.

Sonó un beso entre las sombras de la gruta, acompañado de un suspiro tristísimo.

Un bulto se deslizó entre la oscuridad de la noche y atravesó rápidamente el sendero del jardín.

XV

A pocos momentos un jinete con toda la fuerza de su caballo recorría la calzada que sale á la garita de San Cosme, y llegó á las puertas de la ciudad.

Dióle el "alto" el centinela francés.

El jinete corrió las espuelas por los hijares de su corcel, y lanzándose sobre el centinela, lo arrolló en su empuje y siguió en la velocidad de la carrera.

Levantóse violentamente el soldado y disparó sin ver á quién se dirigía.

La guardia acudió con sus armas é hizo dos disparos, por si la casualidad hacía caer al guerrillero.

Unos jinetes que estaban á corta distancia se precipitaron al camino.

En ese momento una voz conocida les gritó "aquí voy."

Los jinetes volvieron grupas y se perdieron en el silencio de la noche.